

forma las fuerzas económicas del Estado? El Pueblo.

Luego si el Estado debe, el Pueblo paga.

Y esa es nuestra situación: Gobiernos que despilfarran, que roban, que hacen fortunas particulares con los dineros del Estado y que realizan préstamos inmensos, después, para que el pueblo los pague.

En plena crisis económica, con nuestras riquezas productivas hipotecadas al yanqui, con una tiranía de explotadores, y clérigos sobre nuestros hombros, así llegamos a la celebración del Centenario de Ayacucho.

Mientras tanto, en los campos de Sicuani, de Ayacucho, de Azangaro, se ha regado la sangre de centenares de indios, en los dos últimos años; en Chicama, en Huacho, en Lima, en Vitarto, Ica, los obreros han pagado con su vida el delito de protestar de su esclavitud. Sangre de proletarios, de estudiantes, de campesinos, persecuciones, destierros, cárceles, he ahí el homenaje de recuerdo que nosotros podemos ofrecer en la próxima algarabía chauvinista.

Pero no debemos olvidar, los que tenemos una conciencia de nuestra responsabilidad ante el pueblo, que nuestro deber es renunciar a los que nos engañan, a los que nos roban y a los que nos venden, en los mismos momentos en que con fiestas y espectáculos, con «pan y circo» tratan de arrancar de nuestra memoria la realidad cruel de una esclavitud completa.

HAYA DE LA TORRE

A Rabindranath Tagore con motivo de su visita al Perú

Oriejubo, (Rusia) 27 de Agosto de 1924.

LAMENTO mucho que el estado de mi salud no me permita aceptar por ahora la invitación de M. Romain Rolland para ir a Suiza y tener el honor de saludar a usted antes de su partida para América del Sud. Los médicos me han ordenado salir a un sanatorio de Brides y me será imposible quizá volver a Europa occidental, en tiempo de verles.

He pedido, por eso, a M. Rolland que tenga la bondad de poner en manos de usted esta carta.

Por las noticias recibidas sé que llegará usted al Perú en momentos de una ruidosa solemnidad cívica de la historia política de la América Latina: el Centenario de la Batalla de Ayacucho que consumó la obra de nuestra emancipación política de España.

Llegará usted al Perú en época muy triste de su vida social. Yo sé bien que las fanfarrias y las fiestas brillantes que el pueblo paga, no podrán ocultar a usted la dolorosa verdad de la opresión que impera en mi país.

El Perú es una República tragi-cómica con manchas de sangre y de ridículo; sangre de obreros, de indígenas, de estudiantes que caen a los golpes del despotismo más cruel; ridículo de políticos vestidos de frac, siervos del imperialismo yanqui y representantes de un feudalismo oprobioso que extrangula a millares de hombres de nuestros campos, en nombre de la libertad y la democracia republicanas.

Ese es el cuadro actual del Perú: un Gobierno autocrático que domina sangrientamente, hechura del capitalismo norteamericano, cuyos intereses sirve, una

casta militar que lo apoya y una burguesía y un clero nacionales dueños de vidas y haciendas, constituyen el sector de clase dominante.

La clase media, la gran mayoría de los intelectuales, en términos europeos, la pequeña burguesía, está situada en el plano egoísta de la indiferencia política por intereses y por miedo.

Destruídos los partidos políticos, desterrados sus jefes y principales secuaces, no existe oposición liberal alguna.

La bandera doctrinaria de la rebeldía, de la protesta, de la revolución en el profundo sentido del concepto, se agita en las zonas de la vanguardia de los estudiantes, los más dignos, los más abnegados, que unidos fuertemente al proletariado de la ciudad y del campo y a nuestro indígena, cuya raza sufre cuatro siglos de esclavitud, constituyen las avanzadas idealistas que han visto caer a muchos de sus filas, pero que van despertando de su adormecimiento de esclavo a todo nuestro pueblo animalizado por la ferocidad de los explotadores.

Yo tengo la certeza de que usted, hijo de una raza heroica que soporta opresión e imperialismo, habrá de percibir claramente nuestra realidad. Estoy seguro que habrá de recordar a aquellos ostentosos señores de la India vendidos al dominio inglés, al ver a los políticos peruanos que hoy gobiernan, reverentes a las órdenes de sus amos del Norte.

Verá usted en el Perú, que el imperialismo yanqui tiene una misión militar naval encargada de preparar una guerra internacional tan pronto como convenga a los intereses de Washington promoverla; verá usted que para la educación de los niños hay también una misión técnica norteamericana que prepara a nuestras próximas generaciones en el culto del imperio conquistador; verá usted que una abundante literatura oficial, oratoria periodística y hasta catedrática, entonan la misma salmodia de amor a la cadena capitalista norteamericana que, al compás de aquel coro, va arrollándose mañosamente al cuello de nuestro pueblo, que en las minas, en los campos de petróleo, en las fábricas, en las colonizaciones, deberá dar todas sus energías a la sed insaciable del capitalismo «civilizador».

Pero por de pronto, al celebrarse el Centenario de la Batalla de Ayacucho, habrá fiestas brillantes. Millones de libras que los pueblos acumulan en las cajas del Estado en impuestos y en contribuciones, se gastarán durante la próxima solemnidad.

Se tratará de olvidar que el 23 de mayo de 1923 estudiantes y obreros fueron asesinados en las calles de Lima, por el Gobierno que pretendía consagrar la República a la efigie del Corazón de Jesús; se tratará de olvidar que en octubre del mismo año los obreros textiles de Vitarto eran masacrados; se tratará de olvidar que en enero de este año, centenares de indios de nuestras sierras cayeron bajo la metralla del Gobierno en la provincia de Azangaro, como tantas otras veces en todas las regiones del interior del país.

Todo eso se tratará de olvidar con fuegos de artificio, iluminaciones, farándulas y alcohol. Yo sé que grupos fuertes de obreros, estudiantes y campesinos recordarán en esos momentos su dolor y su responsabilidad, y han de comprender que, ahora o nunca, los que luchan contra la tiranía del explotador